

"ror de sus malos deseos: porque aunque ha pecado, no ha renegado de vos; sino que ha creído y esperado en vos, que sois su Dios y su Salvador." ¡Qué remordimientos para el impío que muere oyendo semejante lenguaje! ¡y cuán espantoso le será ver que no puede hacer servir para consuelo suyo un alivio y un motivo de esperanza que resta hasta á los mas perversos y abandonados!

CAPITULO XII.

CONCLUSION.

Mas antes bien, Aristo, no aguardes á la vejez ni á la muerte para recobrarte en la profesion de la bienaventurada esperanza; porque aquel que persevera en su desarreglo, prometiendo reconocerse algun dia, aprecia demasiado los falsos placeres del vicio para que su conciencia se halle sinceramente consolada con esta perspectiva tan dudosa y confusa; y es cosa bien triste no tener otro recurso que ofrecerle para sosegar sus temores y remordimientos. Solo tienes la certidumbre de morir; mas no la de envejecer. Todos los dias ves caer repentinamente á tu lado hombres que vivian fiados lo mismo que tú, que contaban con una larga edad, y que no habrian omitido el llamar en su auxilio á los ministros de la religion, si hubieran pasado por las lentas graduaciones de la vejez y las enfermedades. Fácil me seria aterrarte aquí con la descripcion de un gran número de sucesos espantosos; mas tú no eres obstinado ni perverso. Aun subsiste toda la fé entera en tu alma, á pesar del aire de incredulidad que te has empeñado en darte; pues éste no es mas que como un papel de comedia que te has propuesto representar, para alternar con las compañías que frecuentas; y lo único que te falta para volver á entrar en el cristianismo, es valor y resolucion. Asimismo se co-

noce que el lenguaje de la irreligion no te es natural, pues se divisa en él siempre no sé qué de tan contrahecho y forzado, que cualquiera al advertirlo, creerá que solo pretendes complacer á aquellos con quienes te es preciso vivir, y que no sintiéndote apto para ser tan osado como ellos, te esfuerzas á aparentarlo por tener paz.

Así que, solo la debilidad de tu corazon es el sério obstáculo que se opone á la mudanza de tus costumbres. Crees que es un terrible empeño volver á entrar en el espíritu de la religion. La idea de convertirte, contrista todas las preocupaciones, y te presenta una imagen lúgubre y austera, á la cual no aciertas á acostumbrarte. Todo te parece tan frio, tan grave y tan monótono en las costumbres de los que viven religiosamente, que no puedes concebir que sea fácil sujetarse á esta severidad de principios, ni á todos los sacrificios que el Evangelio impone. No es mi designio, Aristo, combatir aquí un error tan injurioso á la dulzura de la fé y á la excelencia de los dones que ella atrae al hombre justo. Todo cuanto he escrito hasta aquí, no tiene otro objeto que desengañarte de esta funesta preocupacion; pero añadiré á tantas demostraciones de la injusticia de tus pretextos y de tus continuos efugios, una consideracion que te es bastante personal y que merece bien que la peses con la madurez de una razon franca y sincera.

No puedes ocultarte á tí mismo que tu género de vida te ha conducido á la total ruina de tu salud y de tus fuerzas, y que decaes todos los dias insensiblemente. En la estacion de la vida en que toda constitucion se aumenta y fortifica, llevas sobre tus marchitas y cárdenas megillas todas las señales de la vejez mas desfallecida, y eres ya mas semejante á los muertos, que si hubiera pasado por tí todo un siglo. ¡Ay! las pasiones que el hombre no sabe moderar, son las que le precipitan al sepulcro.

Pero bien presto te será mas incómodo tu estado. En-

tonces empezará á tener sustos y á sentir la necesidad de apelar á los recursos del arte. ¿A qué método de vida crees que te someterá aquel á quien confies el cuidado de tu restablecimiento? Al del Evangelio, Aristo: sí, tu médico va á ser para tí un director tan severo como Jesucristo; va á prescribirte los mismos sacrificios, y hácerte adoptar todas las privaciones que hallas tan impracticables, cuando es la religion la que las manda. Te dirá que no hay arbitrio ni esperanza para tí, si difieres un momento el renunciar á los hábitos que han causado la ruina de tu temperamento, y si no te sientas con valor para entregarte á la mas rigurosa continencia, y observar la mas exacta sobriedad en el uso de todas las cosas. Aun pasará adelante; exigirá de tí hasta el sacrificio de los pensamientos. Te advertirá que todo el éxito de las medicinas, que te se prescriban para tu curacion, está esencialmente unido al cuidado que tomes de mantener tu alma libre, tranquila y exenta de todo afecto vivo y turbulento, de toda idea, de todo deseo, de todo recuerdo y de toda imágen capaz de agitar é irritar á tus sentidos. De este modo vendrás á hallarte encadenado á la cruz, víctima de la abnegacion, mártir de la penitencia, y tan crucificado al mundo y á todas sus pasiones, como los antiguos y mas santos discípulos del cristianismo; y esto por órden de un solo hombre y por sola la fuerza de la autoridad que le dará sobre tí tu temor de morir. ¡Es posible, Dios mio, que solo cuando vos nos habláis, todo nos parezca costoso y terrible! De otra suerte, nada nos es penoso; el amor de la salud y de la vida nos hace sacrificarlo todo; nada hallamos que arrebate nuestro valor; y el mundo está lleno de criaturas, que llevan con la mas admirable constancia todo el peso de los preceptos de la fé, sin sospechar que ya han hecho lo mas difícil de la obra de su salud, y que no cuesta mas recobrar las ventajas de la salud y de una vida tranquila,

que todas las esperanzas y todos los tesoros de la religion.

¡Oh Aristo! el que conoce el Evangelio y las necesidades del hombre, es deudor de este testimonio á la utilidad universal de la doctrina de Jesucristo; porque ella es igualmente la perfeccion del arte que cura y repara nuestros cuerpos, que da las ciencias que engrandecen nuestro espíritu, y de las virtudes que nos forman un buen corazon. No hay enfermedad alguna que no tenga su principio en los excesos proscritos por el cristianismo; y en la suposicion de que todos los hombres se reduzcan á su espíritu, se podria demostrar que todos los males y todos los accidentes, que en el día nos conducen tan repentinamente al sepulcro, los mas mortales y terribles quedan exterminados de la tierra; que la verdadera medicina está al fin conocida; que los hombres vivirán sanos y felices; que la muerte no será ya sino la extrema madurez de una dulce y amable vejez, y que no nos destruirá ya sino imitando el curso regular y lento de la naturaleza y del tiempo.

Todos los que se han convertido á Jesucristo, pueden afirmar, ¡oh Aristo! que poseen el verdadero régimen del cual pende el goce de una salud constante; y que su regeneracion para la vida futura les ha hecho renacer asimismo para la presente. Si sobreviven pocos años á su conversion, es porque el estrago de la intemperancia y de las pasiones fuertes, ha agotado en ellos todos los manantiales de la naturaleza, y porque la muerte habita, tiempo hace, en medio de sus órganos transformados. Pero generalmente hay muchos mas ancianos en la clase de los que viven religiosamente, que en la de los que viven entregados á la agitacion y el tumulto de la vida del mundo. En esos profundos retiros en que tantos discípulos de la cruz y de la penitencia se santifican en el trabajo, el ayuno y el silencio, nada hay mas raro que ver á la

muerte cortar otras cabezas, que aquellas que el tiempo ha arruinado hasta encanecerlas, y cuya desnudez venerable se inclina á la tumba desde largo tiempo. Las enfermedades agudas y violentas son tan extraordinarias, como las muertes repentinas ó prematuras. Todos van á la eternidad, siguiendo poco á poco las mismas graduaciones de disminucion y descaecimiento. El mal de que mueren no tiene carácter señalado: acaban mas bien que ceden á la violencia de algun mal, y esto porque son hombres: exhalan su último suspiro hablando con sus hermanos, y pidiéndoles perdon. No ves morir así, Aristo, á los que han vivido en el torbellino y las inquietudes de las pasiones. Entre estos, lo que de otra suerte no sería mas que una ligera indisposicion sin resultas, viene á ser todos los dias un síntoma sério que asusta. No es necesario mas que un ligero acceso de fiebre para causar la postracion de un cuerpo, en el cual todo es un continuo trastorno y fermentacion: de suerte, que asombra ver la rapidez con que la enfermedad arrebató su víctima. Ayer no sospechaba este hombre que pudiese enfermar, y ya consume hoy sus entrañas un fuego devorador; no es sangre, sino llamas las que circulan por sus venas: inmediatamente desaparece la razon, se pierde el conocimiento, y su delirante imaginacion deja sin esperanzas á los que rodean el lecho, sin que este desgraciado sepa que se muere.

Jesucristo, pues, no te obliga, para libertarte de la eterna perdicion, sino á un rigor que tú mismo te verás obligado á emplear incesantemente contra el peligro de morir. ¡Qué vergüenza reprocharle el que nos prohíba lo que hay mas desarreglado y criminal en las pasiones, cuando el solo temor de morir nos da valor para cercenar hasta nuestros placeres los mas moderados é inocentes! ¡Y qué ceguedad la de no ver que el Evangelio es al mismo tiempo la regla eterna de nuestros deberes, y

el único recurso de nuestras necesidades! “La piedad para todo es útil, dice San Pablo; porque ella nos asegura la verdadera felicidad para la vida pre-ente, al mismo paso que nos promete la soberana bienaventuranza para la futura.” Mas por desgracia los que no tienen experiencia de la vida evangélica, no entienden el sentido de este lenguaje, y solo aquellos á quienes es inútil el repetírselo, son capaces de conocer toda su verdad.

Dices que no hay cosa mas afrentosa ni mas funesta para la tranquilidad de los hombres que la idea de un infierno eterno; y que esta sola imágen, si volvieses al cristianismo, te haria la vida insoportable. Pero no te engañes, Aristo; no estás libre de esta terrible perspectiva por haber adoptado las costumbres y las fórmulas impías de los que han abjurado la fé; esta creencia reside dentro de tí mismo con todos sus terrores: mas no es un horror real, sino para aquel que siente en sí mismo un vivo interés por destruirle. Sí; tu convencimiento, ó por lo menos una duda todavía mas turbulenta, se manifiesta en el esfuerzo que haces para alejar de tí este recuerdo. Es preciso que te sea bien molesta, por haber concebido y por alimentar en tu interior un deseo tan violento de borrarla de tu alma. Estás tan poco distante de esta antigua creencia, que te sientes atemorizado en el fondo de tu interior, así que te refieren la muerte imprevista de algun libertino impenitente. Por el ansioso interés con que preguntas acerca de las circunstancias de estos sucesos, del estado, edad y constitucion de los que han padecido semejante fatalidad, se conoce que deseas poder adquirir motivos para esperar que no te sucederá igual fracaso, y alejar el miedo que te atormenta de ser sorprendido del mismo modo, sin tener un instante que dedicar á la revision y exámen de tu filosofia y de tus principios. Conoce mejor, oh Aristo, el carácter de tus íntimas disposiciones, y no tomes por incredulidad lo que no es mas

que la rebelion y los clamores de tu ódio contra todo cuanto amenaza á tus pasiones. No hay persona en el cristianismo que sea mas importunada que tú, ni en quien haga mas impresion la idea del infinito; porque este terrible dogma no es, por decirlo así, para el hombre justo y religioso mas que una verdad extraña y de mera especulacion. Solo para los impíos y los disolutos es una verdad terrible; porque solamente se entiende con ellos, y solo por ellos forma una parte de la economía de la religion. En el sistema práctico de la fé se ahuyenta la pena eterna. Conforme á lo cual, dado que no se pueda soportar que haya infierno, no hay mas que asociarse al partido de aquellos para quienes no existe ya. Bien quisieras poder engañar tu temor por medio de impotentes blasfemias; mas siempre te quedará bastante luz para llegar á creer que un corazon corrompido es digno de castigo; y tu alma sentirá siempre con demasiada viveza su inmortalidad, para persuadirse de que despues de la tumba no tiene ya poder sobre ella la divina justicia.

No, Aristo, el suplicio preparado á los malos no derrama amargura sobre la vida de los hombres de bien. Solo los que siguen á sus sentidos se ven precisados á sufrir todos los terrores de la eternidad. El verdadero cristiano no conoce porvenir desgraciado: el infierno queda anonadado para él; y mientras los impíos que niegan su verdad se resienten, á pesar suyo, de sus formidables rigores, él, mas inteligente y mas sábio, goza solo de la seguridad, á la cual querian llegar aquellos, y posee realmente lo que ellos buscan en balde, es decir, la ventaja de no temer las amenazas que fulmina el Evangelio. El cristiano goza de todo cuanto la incredulidad podria tener de cómodo, si pudiera ser sincera, sin perder nada por la parte que la religion nos abre todos los tesoros de la felicidad de Dios. El cuidado de alejar de sí toda desconfianza y temor es uno de sus deberes, y pertene-

ce al espíritu de la vocacion. Nada, pues, oh Aristo, podrá desvanecerte los temores que la fé te ocasiona, sino la fé misma. Tú llegarás á comprender, si te conoces mejor, que todas las resistencias que opones á la desconsoladora idea de padecer siempre, no son mas que la señal palpable de la necesidad que tiene de ser cristiano; y que jamas deberás la dicha de sentirte sólidamente acostumbrado á no temer las penas del infierno, sino á la sinceridad y á la permanencia de tu conversion al Evangelio.

Si pudieses leer el corazon y penetrar los sentimientos de los que viven en la práctica de estos preceptos, sabrias que los castigos reservados al hombre vicioso no vienen jamas á turbar la dulce alegría que reina en el fondo de su alma. Solo les ocupa la idea de la gloria preparada á los que hayan creído y esperado en Jesucristo: no ven otro estado en lo porvenir que el de los hijos de Dios. Su alma está tan llena y embriagada de la magnificencia de las promesas de la religion, que no da lugar á sentimiento alguno de terror, y se cree ya en posesion de la soberana felicidad. Tú has visto que Filemon no era verdaderamente atormentado con la idea del infierno, sino en el tiempo que afectaba, como tú, impugnar su realidad y despreciar su temor. Desde que volvió á entrar en la alianza de Jesucristo no se le vió turbado una sola vez con esta idea. Todos sus temores se desvanecieron, juntamente con los vicios que le ocasionaron. Ha vivido y ha muerto en el seno de su Dios y de la virtud, casi sin acordarse siquiera de que hay un estado de desventura en la eternidad.

A la verdad, Aristo, que si esta severa dispensacion de la divina justicia no formase parte de las verdades inmutables y necesarias en el plan de la religion, nadie habria tenido menos impulsos de inventarla y propagarla entre los hombres que Jesucristo. Bien se conoce por

toda la serie de su vida, de sus acciones y de sus discursos, que sus primeros deseos y afanes eran consolarnos, movernos y revelarnos cosas conformes á nuestras miras de grandeza y de felicidad, para que él quisiese mezclar ideas melancólicas y falsos terrores con una doctrina tan amable, y con unas promesas tan magníficas. Asimismo se conoce, por el modo rápido con que expone esta terrible doctrina, que solo la precision de decirnos la verdad, es la que pudo determinarle á contristar alguna vez nuestra flaqueza con pinturas aflictivas. “Los que hubieren, dice, vivido bien, se adelantarán para resucitar á la vida; los demas irán al suplicio eterno: *allí habrá gemidos y crujidos de dientes.*” A estas breves palabras se reduce lo que Jesucristo ha dicho en diferentes circunstancias acerca del destino de los malvados despues de esta vida. Jamas ha podido detenerse algun corto rato en esta triste imágen, sin manifestar la conmocion de su alma, la mas tierna y la mas sensible; y al verle derramar torrentes de lágrimas, cuando pronostica las desgracias de una nacion endurecida y rebelde, no es posible dejar de conocer en tales señas de un corazon oprimido con la idea de nuestros males, la incorruptibilidad de un sábio á quien mueve únicamente la necesidad que tenemos de salir de nuestros errores y de nuestra corrupcion. Así que todo hombre veraz y sincero debe hallarse pronto á adoptar los mas inconcebibles dogmas, por sola la razon de ser Jesucristo quien nos los afirma y sale fiador de la verdad; pues en lo contrario hay un misterio mas inconcebible aun que todos cuantos han venido á anunciarnos, cual seria el que él hubiese podido querernos engañar. A todo el que haya profundizado el carácter de su espíritu y de su corazon le es imposible dudar que haya sido el mejor de todos los hombres, y el mas gran bienhechor que ha suscitado jamas el cielo en beneficio del género humano. Este punto lo encierra todo, Aris-

to; no se puede estimar á Jesucristo sin adorarle; y si ha sido virtuoso y bueno, es Dios.

Ha pasado haciendo bien por todas partes, y curando á todo el mundo. ¡Oh Aristo! tú que te glorias de no poder oir, sin enternecerte, la relacion de un rasgo de sensibilidad y de misericordia; tú que tanto desprecias esos corazones frios, de cuya indiferencia nada se puede sacar; tú que conservas con un cuidado religioso los retratos de los príncipes que han amado á los hombres, y que les tributas una especie de culto religioso, ¿podrás mostrarnos, entre todos esos cuadros que recuerdan la memoria de los grandes corazones que se han sacrificado por la salud de la humanidad, un solo hombre á quien este testimonio, á saber, *ha pasado haciendo bien*, haya podido tributarse con tanta verdad y con tanta extension como á Jesucristo? Yo no te expondré todos cuantos monumentos indelebles de su celo y de sus esfuerzos por hacernos felices nos ofrece la faz del universo: mas si quieres examinar bien su carácter, verás que solo es aquel hombre cuyas acciones y conducta corresponden á la totalidad de la idea que tenemos de un buen corazon, y de un verdadero amigo de los hombres; pues él solo es en quien se halla esta tierna é interesante disposicion, sin mezcla alguna de defectos que la alteren ó la oscurezcan, y sin desmentirse en ninguna situacion.

Solo teme una cosa; y es que los hombres no estén bastante convencidos de que su felicidad es el único objeto de su frabajoso ministerio, y de su mas vivo deseo. Pone tal cuidado en que ninguno dude de la paternidad y de la ternura de sus sentimientos, que cuando una muger, trasportada de la admiracion que inspiraba á todos los espectadores una santidad y una bondad tan extraordinarias; exclamó en medio de una gran turba: *Bienaventurado el seno que os llevó*, procura desvanecer esta idea, por temor de que no excitase celos en los demas,

y dice en alta voz que su propia familia y su verdadera parentela se compone de todos los que escuchan su palabra y practican sus santos preceptos. Extiende sus manos sobre todos los que le siguen, sobre los mas pobres, los mas rústicos, y los mas oscuros de la Judea, y se le ve sin cesar fijar la vista sobre ellos con complacencia. He aquí, dice, mis prójimos, mis hermanos, mis amigos, y todo cuanto me es precioso y amable en la tierra. Reprende á sus apóstoles porque quieren apartar á los niños que se mezclaban con la turba y se esforzaban por llegar á él. Dejad, dice, que se acerquen á mí esos niños; les convida él mismo á que se aproximen, los bendice, los abraza y los estrecha contra su corazón.

Sus mismos milagros son tambien efusiones de sensibilidad y de amor; y se manifiesta siempre mas ocupado del placer de hacernos bien, que del cuidado de hacernos adorar su poder. No; de todos cuantos prodigios ha obrado, para convencer al mundo de que es Dios quien le envia, no hay uno solo que no haya dilatado un corazón afligido, enjugado lágrimas, socorrido necesidades, consolado á algunos desgraciados, ó restituido la vida y la alegría al seno de la naturaleza angustiada.

¿Has reflexionado alguna vez, oh Aristo, con alguna atencion, sobre lo que pasó entre Jesucristo y sus apóstoles en los últimos momentos en que los preparó para la mas dolorosa y la mas cruel separacion que ha experimentado jamas la sensibilidad humana? ¿Qué escena!.... Jamas lo patético de la naturaleza y del sentimiento se ha manifestado con tanta vehemencia. Entonces fué cuando todos los rasgos de bondad, de generosidad y ternura, dispersos en el curso de la mas inocente vida que se ha visto en la tierra, se reunieron y concertaron para formar un espectáculo capaz de vencer la dureza del corazón mas inflexible. No es necesario mas que referirlo simplemente para enternecer y sacar lágrimas.

Jesus, dice San Juan, sabiendo que se acercaba la hora en que debia volver al seno de su Padre, se retira por la última vez con sus discípulos: y como él habia amado con el mas fuerte amor á los suyos, á quienes iba á dejar en medio del mundo, quiso manifestarles hasta el fin, cuánto los amaba. Aristo, ¿será el héroe de semejante historia el mismo que nos habia dicho antes que *él era el Verbo de Dios*, que residia en Dios, y que él mismo era el Dios Eterno por quien todo ha sido hecho? ¿O acaso será capaz de engañar á los hombres un corazón semejante? Quien así los ama hasta el momento de ir á morir, ¿no les da la última y mas patente prueba de la verdad de todo cuanto ha dicho?

Traspórtate con la imaginacion por un momento, á aquella noche tan memorable en que Jesus celebra la pasqua en Jerusalem en medio de sus apóstoles; á aquella noche á quien debia suceder un dia tan terrible y cruel: al momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro preparaba á la mas inocente víctima el mas horroroso de los suplicios; cuando un monstruo de perfidia y de ingratitud revolvia en su alma tenebrosa el atroz designio de entregar á su bienhechor y á su maestro, al furor de sus enemigos, entonces es cuando Jesucristo consagra los pocos instantes que le restan, á dar la mas relevante prueba de su ternura. ¡Ah! ocupado de la felicidad de los hombres, pierde de vista los tormentos y los oprobios que le esperan; y la necesidad de amarnos tiene sobre su alma derechos mucho mas imperiosos y eficaces que el espantoso aparato de su cruz y de su muerte.

Toma el pan, dice el Evangelista, y teniéndole en sus manos eleva al cielo los ojos, en los cuales estaba pintado todo el ardor y toda la vivacidad de un amor impaciente por echar el selo á todos sus beneficios, y presentándosele á los apóstoles les dice así: "Tomad todos y comed, pues lo que os doy es á mi mismo, es mi cuer-

po, es mi alma, es mi eterna é incorruptible sustancia.” Sola esta invencion del poder del Altísimo corresponde á la grandeza de su designio en orden á vosotros, y completa todo el deseo de mi caridad. ¡Oh Aristo! si tu vana razon viene aun á mezclar con este espectáculo las dudas de su miserable filosofia, acuérdate de que es Jesucristo quien habla aquí; que la sola idea de sospechar de lo que afirma en tal momento causa horror: acuérdate de que fué justo, y va á morir.

Entonces todo cuanto la elocuencia de un corazon, triunfante con haber sabido darlo todo á quien tanto ama, tiene de mas vehemente y enérgico, se ve resplandecer en todos los movimientos y discursos de Jesucristo. Ya, exclama, pueden mis enemigos derramar sobre mí todo el torrente de su saña y de su furor: mi corazon está pronto, mi amor no tiene ya mas dones que haceros, ved cómo todo es para vosotros, y el seno de la magnificencia divina nada encierra mas precioso que lo que al presente poseeis. ¡Ah! mi impaciente ternura no veia llegar el momento tan notable y solemne para vosotros. He deseado, con un deseo el mas violento que jamas experimentó hombre, comer con vosotros esta pascua en que todos los antiguos sacrificios deben tener su plenitud, su verdad, y su consumacion. Esta palabra de Jesucristo, oh Aristo, tiene un sentido y una energía que no puede imitar nuestro lenguaje. Este deseo de deseos expresa un sentimiento tan íntimo, tan perenne, tan dominante y tan vivo, que solo podrá formar idea de él el corazon que fué capaz de concebirla y sostener su fuerza. Este corazon se vió oprimido; su amor absorbió todos sus movimientos, y no murió sino por haber amado á los hombres.

¡Qué discurso aquel que termina el último acto del ministerio del Salvador! Te referiré la sustancia de él, Aristo, porque acaso no le habrás leído jamas en su ori-

ginal; y nada hay de cuanto se ha escrito para el mundo, que esté tan lleno de sentimiento, de sustancia y de fuerza. En él no se halla mas que la expresion sumaria del verdadero carácter del cristianismo, y la verdadera pintura del espíritu y del corazon de Jesucristo. Allí es á donde debe acudirse cuando se quiera admirar la belleza de la religion, y renovar la tierna impresion de la felicidad que logramos, por haberla conocido y haber nacido en su seno.

“No se turbe jamas vuestro corazon, añade este divino Maestro; creed en Dios, creed en mí tambien.” Pesa bien todas estas palabras, Aristo, y sobre todo, no pierdas de vista la circunstancia en que fueron proferidas. Mas hay que una morada en la casa de mi Padre. ¿Podreis creer que yo quiera entreteneros con una vana esperanza? ¿y que en este momento en que voy á morir os aseguraria que es por adelantarme para preparar vuestros asientos en el reino de mi Padre, si yo no sintiese en mí el convencimiento de la verdad, y el poder necesario para cumplir todas mis promesas? ¿Seria posible que despues de haber vivido largo tiempo entre vosotros, no me conociéseis aún, y no estuviéseis asegurados de que mi Padre está en mí, y yo en mi Padre? Acordaos de mis obras, y juzgad. No; mi corazon no padece al morir la pena de dejar en vosotros unos huérfanos que todo lo van á perder. Yo volveré á vosotros. Dentro de poco tiempo no me verá mas el mundo, pero vosotros me poseeis siempre. Porque yo vivo eternamente, y vosotros vivís de la misma vida. El que cree en mí, sobrevive á todo; no puede morir. En el gran dia de la irrevocable edopcion en el origen eterno de la vida, será cuando conoceréis y vereis cómo yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros. Te hago notar estas palabras, Aristo, aunque ya están repetidas, porque ellas expresan con una viveza y magnificencia divina, toda la riqueza y

toda la inmensidad del plan de la religion (1): Fundar un imperio eterno en el cual será estable todo el género humano. ¡Qué designio! Pero haber concebido y ejecutado la idea de unir una persona divina á la naturaleza humana, á fin de que todo concuerde en esta admirable economía, y pueda haber en ella un hombre bastante grande para ser establecido por Rey único y Eterno del género humano, y Gefe perpetuo del imperio que debe elevarse del seno de las ruinas de todos los reinos del universo; este es el carácter mas brillante de verdad que Jesucristo pudo imprimir á su doctrina; y es imposible que el hombre no aspire á ver llegar esta gran crisis de su destino.

Prosigamos escuchando á Jesucristo. “Si me amais, pues, desechad toda tristeza y desconfianza, y entrad conmigo á la parte en la alegría que siento, por tener que volver al seno de mi Padre. . . . Si, vosotros permanecéis en mí, sois mis amigos y mis hermanos; porque yo os amo con el mismo amor con que me ha amado mi Padre antes de la fundacion del mundo: y yo os digo todo esto, á fin de que mi alegría esté en vosotros, y crezca hasta que reciba su plenitud en la misma gloria en que yo voy á entrar.

“Es verdad que los que no me conocen á mí ni á mi Padre, os perseguirán. Sí, yo os lo predigo, para que cuando veais caer sobre vosotros todos estos males, os acordeis de que yo os los he anunciado, y que nada puede sucederos contra mi expectation, y sin saberlo yo. Vosotros, pues, llorareis en medio de la alegría frívola, pasajera y pérvida de un mundo insensato y corrompido; mas á la alegría del mundo sucederán bien presto los

(1) ¡Oh lectores religiosos y sensibles! leed, releed y medítad toda vuestra vida los capítulos XIII, XIV, XV, XVI y XVII del Evangelio de San Juan. ¡Qué manantial de luces y de consuelos!

suspiros y el llanto eterno; en vez de que vuestra tristeza, que durará pocos instantes, se convertirá en un gozo y una felicidad, que no os la podrá arrebatarse ningun poder. Cuando una madre empieza á sentir los primeros dolores del parto, se entristece y asusta al ver acercarse la hora; mas cuando ya ha nacido el infante, su alegría la hace olvidar cuanto ha sufrido, porque se ve libre de todo temor, y ve que el objeto de sus tiernos sentimientos ha salido felizmente al mundo. He aquí vuestra situacion; vuestro corazon oprimido al presente de dolor, se dilatará para siempre con el mio en la felicidad soberana. . . . Entonces no me pedireis ya nada, ni yo pediré ya mas por vosotros á mi Padre; pues mi Padre os amará por vuestra propia excelencia, porque me habeis amado y habeis creído que yo he salido de Dios. *En efecto, yo he salido de Dios*, y he venido al mundo; ahora dejo al mundo y vuelvo á Dios. . . . Mi fin en deciros esto, es que vivais en paz, y conteis sobre la verdad de mis palabras. . . . Vosotros lo tendreis que sufrir todo de parte del mundo; pero no desmayeis, yo he triunfado del mundo.”

Habiendo así hablado Jesus, prosigue el Evangelista, levanta al cielo los ojos y exclama: “¡Oh Padre mio! he aquí la hora en que va á cumplirse el mas grande de todos los acontecimientos. Glorificad á vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique, y sea por vos conocido y adorado su nombre en todo el universo. Vos le habeis hecho gefe de toda la naturaleza humana, y revestido del poder de gobernar eternamente las naciones de la tierra, para que comunique la inmortalidad á todo cuanto le habeis dado. . . . ¡Oh Padre mio! yo os ruego por aquellos que habes confiado á mi ternura, y á quienes he hecho conocer vuestra verdad eterna. ¡Padre mio! ellos son vuestros, puesto que á mí me pertenecen; porque mi posesion es la vuestra, y vuestra posesion es la

mia. . . . Ahora yo dejo el mundo, mas ellos quedan en él. . . . ¡Padre mio! ¡Dios Santo! conservad lo que vos me habeis dado y me es tan amable, para que ellos formen un mismo cuerpo conmigo, así como nosotros formamos desde la eternidad un solo espíritu y una misma inteligencia. . . . ¡Padre mio! yo no os pido que los saqueis del mundo, pero os suplico que los preserveis de su maldad. Mientras yo he vivido entre ellos, los he conducido, consolado y guardado en nombre vuestro; y ninguno de ellos ha perecido sino es un traidor, hijo de la perdicion y la malicia. Mas ellos van á dejar de verme y oirme. . . . Padre mio, conservadlos en la verdad. Ante ellos os dirige estos últimos votos el amor que les profeso, para que la alegría que les causa mi presencia, no se debilite con mi regreso hácia vos, sino que antes bien crezca todos los días hasta el momento en que vean sus ojos á quien tanto los ha amado. . . . No es solo por ellos por quien os suplico, Padre mio, sino tambien por todos aquellos á quienes anunciaren mi palabra y crean en mí en virtud de su predicacion: *Para que los justos de todas las edades formen un solo cuerpo, y que así como vos, ó Padre mio, habitais em mí, y yo en vos, ellos sean tambien una misma cosa con nosotros, y eternamente adoptados y consumados en la unidad de nuestro gran esplendor. . . .*” Insiste aun despues que sabe que todo lo ha dicho. Su corazon está tan lleno de esta idea, que cree no hacer nunca demasiado para llenar el alma de los que le escuchan. El amor no sabe acabar jamas. “¡Padre mio, Dios Santo y siempre adorable! sí, yo quiero que á donde yo voy vayan tambien todos los que me habeis dado para que vean mi gloria, y como me habeis amado antes que hubiese universo. Yo quiero que todos los brillos de la grandeza que poseo en vuestra inmensidad, se comuniquen á ellos, y que todo el torrente de nuestra bienaventuranza, corra por entre sus corazones; que todo

vuestro amor por mí se derrame sobre ellos y los envuelva conmigo en la inmutabilidad de nuestros gozos.”

¡Oh Aristo! qué hombre es preciso ser para sentir hasta un grado tan extraordinario todo el imperio de la naturaleza y de la sangre. Digámoslo todo; es preciso ser un Dios para dar un realce tal á la ternura. No es bastante fuerte el corazon humano para concebir un amor de esta energía, y formar unos votos tan extensos. . . . Jesucristo es nuestro hermano, nuestro amigo; tiene nuestra alma, nuestros órganos, nuestras entrañas, nuestros ojos: pero enternecidos y llorando á vista de tanto amor, postrémonos y adoremos una tan inconcebible capacidad de bendecirnos y de hacernos felices. . . . ¡Aristo! cede á la naturaleza, cede á tu Dios. Tu sangre es quien aquí te habla. . . . Tu obstinacion indica una manifiesta resistencia á ser hombre y conocer la sensibilidad. Adora la carne de tu carne. Tu Dios no exige tus sentimientos, sino bajo el título de tu semejante. Para volverte á él no tienes necesidad de saber mas que amarte á tí mismo. Todo cuanto eres, todo cuanto hay en tí, todo cuanto circula en tus venas, te coloca en su seno; y aquel en donde has nacido es, mas que no el suyo, el verdadero seno de la naturaleza.

¡Aristo, Aristo, es cosa demasiado cruel vivir separado de Jesucristo! ¡Qué pérdida la de su grandeza, á la cual nos eleva! *Su reino no acabará jamas. . . .* Reflexiona esto, mi muy amado y desgraciado amigo. ¡Qué! ¿esta sublime palabra, este gran atributo, el mas magnífico y el mas brillante de todos los títulos del Cristo de Dios, se debe entender de cada escogido, de cada hombre justo, de tí mismo? . . . ¿Y tienes fuerza para concebir semejante idea? ¡Dios mio! ¿quién puede contar las incomprendibilidades del hombre? *Su reino no acabará jamas. ¡Qué golpe de vista! ¡qué esperanza! . . .* Aristo, la feroz obsecacion de los que perecen, es una fatali-

dad bien desconsoladora para todo el cuerpo de los verdaderos y fieles hijos del Señor. Mas nada podrá aliviar jamas la pena de ver envueltos en esta pérdida extrema y cruel, hombres á quienes el cielo ha dotado de un buen espíritu y de un buen corazon (1).

FIN.

(1) En esta obra se hallan consideraciones muy esenciales que parecerá estar presentadas con demasiada rapidez. Mas tendremos ocasion de desenvolverlas en otra que estamos trabajando, que será como un suplemento ó segunda parte de la presente, y la intitularemos: *Las amarguras de la irreligion, ó el poder de las pasiones para hacernos infelices.*

T. Esta obra no ha visto la luz pública, y aun se cree que murió el autor sin concluirla.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

Prólogo del autor.....	III
CAP. I.— <i>Invocacion</i>	1
CAP. II.— <i>Engaño de la felicidad del mundo</i>	3
CAP. III.— <i>Solidez de la felicidad que da la virtud</i>	9
CAP. IV.— <i>De la excelencia y dulzura de la justicia cristiana</i>	29
CAP. V.— <i>Sencillez y facilidad de las obligaciones de la vida evangélica</i>	46
CAP. VI.— <i>Continuacion del antecedente</i>	64
CAP. VII.— <i>Reglas para la conducta exterior del hombre religioso</i>	92
CAP. VIII.— <i>Continuacion del precedente. Los deberes del hombre religioso para con sus semejantes</i>	105
CAP. IX.— <i>Conclusion del antecedente. El hombre religioso en la campaña</i>	130
CAP. X.— <i>Los últimos dias del hombre religioso</i> ..	156
CAP. XI.— <i>Uso de las relaciones é instrucciones contenidas en los anteriores</i>	161
CAP. XII.— <i>Conclusion</i>	168

